Reseña de Vida de Callero, de Francisco Bitar, por Matías González

Autor: MATÍAS GONZÁLEZ

Vida de Fernando Callero / La casa de alto, Francisco Bitar, Objetos Personales, 2026.

Por Matías González.

Reseñistas de renombre, y el odioso gusto de dar a menudo en la tecla, presentaron ya este opúsculo entre la mejor sociedad de las letras nacionales. Y a sus luces remito. Pero con el empuje de nuestra pyme auspiciante (¡*Qué Budines!*), dispenso a la Comisión de Cultura, consagrada a la más urgente organización del Carnaval, y asumo la grata responsabilidad diplomática de organizar para esta obra unos párrafos de bienvenida. Porque, ¿dónde, sino en las lindes de este foro, literario y litoraleño, ha de recibir un abrazo mejor ceñido?



Meses atrás ,cierto reseñista, cultor de Guillermo Nimo, se atrevió a blandir la tabla canónica de nuestra literatura departamental. Entre tomatazos varios, reventó fuerte el reproche por omitir a Fernano Callero. Por salir del apuro, alegó que no era conveniente disputárselo a Santa Fe: allá sus seguidores son más numerosos, aguerridos, y tienen Fortín de Letras.

Callero (1971-2020) vivió la primera parte de su vida en el barrio Lezca, a un aproximado kilómetro del Rio Uruguay; sus cenizas fueron esparcidas en el río Coronda, a cuya orilla vivió sus últimos años. Esta doble correntada marca los enclaves (ojalá que no sus límites de resonancia) de su bordona inmediata y empática.

En su engañosa delgadez, el volumen de Bitar ofrece un sustancioso hojaldre: “Preludio”, “Vida de Callero”, (Fotos), “La casa de altos”, “La proyección del piano vertical”, (más Fotos), “Agradecimientos”. Lo saludan con aportes cremosos, por delante y detrás, Muslip y Vignoli (*¡Qué budines!*). El primero avisa, desde el prólogo, las destrezas y modulaciones de Bitar; la segunda labra, en la contratapa, una biografía sintético-afectiva de Callero.

“Vida de Callero” es el bloque central, esponjoso y narrativo. Su sabor dominante impregna las demás capas. A casi un siglo de que el poeta entrerriano Evaristo Carriego recibiera una biografía heterodoxa y sutil, Bitar nimba a Callero con este homenaje gonzo, de inmersión creativa. Con fina urdimbre artesanal, libre de colorantes, aromatizantes y conservantes, Bitar se entreteje en su objeto de interés con una marcada singularidad, muy acorde con el sello editor *Objetos Personales*. Tal vez algunos pasajes no se desvivan por satisfacer las demandas de inteligibilidad inmediata, pero eso no distiende la curiosidad del lector: más bien la tensa y, a vuelta de hoja (y cañazo), premia con plateados relumbres.

Tenemos el entorno familiar del poeta, sus años en Santa Fe, su afincamiento en Santo Tomé, sus rebusques materiales, domiciliarios y amorosos, la elusión del trabajo como fuente de dignidad poética, la juventud como una masa en molde que los años hornean y doran. (Pido: apuesto que la página y media que muestra a Callero profesor de secundario despide mayor calor terrestre que las últimas noventa y cinco tesis galácticas sobre Gestión Educativa de la Universidad Arnaldo André). Con una leve nostalgia productiva, el autor recompone las gravitaciones del campo poético. Nos presenta, por ejemplo, la incógnita distancia que une o separa a Callero de Juan L. o recalibra el tipo y *tempus* de la articulación filiatoria entre Callero y Daniel Durand (Callero habría llegado a Durand como un epígono ya hecho). Y luego tenemos un Callero que busca, inventa o aglutina comunidades artísticas, entramadas con la ciudad que, junto al mismo Bitar, ha rastrillado, en múltiples callejeos.

El inaugural lector de Bitar, como fue mi caso, queda ganoso de indagar otras zonas de su literatura que, me informan, es muy vasta.

Historia de dos ciudades

Por razones ya obvias, cualquier biografía sobre X provocará, en quienes conocieron a X, reclamos de faltante o rectificación. Sobre eso va *Malas lenguas* (2026), la última novela de Alan Pauls, que traigo a colaciónun poco al cuete o para renovar la cartera de referencias sobre la imposibilidad de narrar las mil y una facetas de una persona.[1] El narrador de *Malas lenguas*, que ha conocido a X (sostengo el lenguaje de ecuación), se queja de que la biógrafa de X le dedique tan poco espacio a cierto joven poeta. Pues bien. Desde su misma índole, la propuesta de Bitar, lúcida y envolvente, difumina "la necedad del dato" o la carrerita lineal de qué cosa llegó primero. Esto vuelve improcedente (también impertinente) cualquier recálculo en base a tal o cual información añadida. Pero, con todo, mi mala lengua de cliente porfiado, que no entendió la onda, quiere dejar su refunfuño de posventa. Admito que Bitar tiende un halagüeño puente subfluvial: asentarse en Santo Tomé ("la más entrerriana de las ciudades santafesinas") le habría permitido a Callero, con un golpe de espejo, aflorar los yacimientos vitales concordienses. La idea tiene la belleza de un pacto federal. Y la damos por cierta. Responde, además, a un reparto que es bien justo: señalar en Concordia la materia cruda y reconocer en Santa Fe los empujones de factoría o precipitadores literarios. Se nos cuenta que allá Callero cursa Letras, arma su banda de música, descubre a Inchauspe, y el *Paradiso* enterrado de Lezama Lima, etc. Allá, en suma, intensifica las efusiones del cariño y el trato que impregnaron su poesía.

Nomás agrego que Callero mismo, en 2011, presentó ante su entrevistador, Acosta Tito, estafe de bautismo:

"…había un libro-club acá en Concordia, en la Galería Entre Ríos, y ahí lo conocí al poeta Claudio Donati…, *él fue quien me enseñó la poesía* y Bradbury, Theodor Sturgeon, Borges, Marechal... (el destacado es nuestro)."

El poeta y los dos laberintos

No es de extrañar la fuerte presencia de Daniel Durand en la vida de Callero. Ahora quiero remarcar que uno y otro –dimensiones aparte– armaron sus tribus fuera de Entre Ríos (Buenos Aires y Santa Fe, respectivamente). En una última sección del libro, para fijar un matiz de sentido, Bitar transcribe un poema de Durand. Guiado por mi propio propósito, le copio el método (con otro poema de Durand):

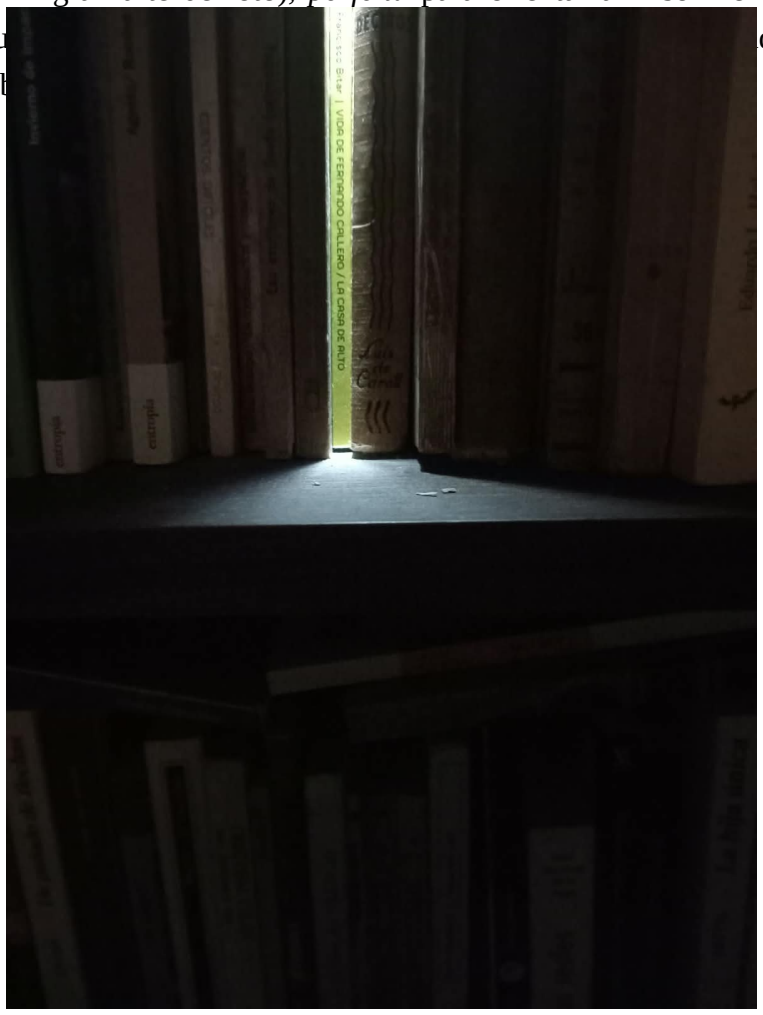
> "Yo escribí una cosa que se llama poema / para Élida, porque me enamoré de ella, / y lo escondí arriba del ropero; /después me fui en la bicicleta y lo tiré /por el ferrocarril, para que nadie se entere / que me gusta / la poesía / y Élida."

Se me ocurre que estos versos ofrecen –entre otras cosas, claro– un excelente código sobre un tipo de vivencia literaria a la concordiense.

La autorreferencia suele ser la masturbación de la *libido sciendi*: un pobre recurso a mano, una sonsa auto-deducción. La combino con algo que, en los protocolos de la crítica cultural, tiene peor fama: la opinión testimonial del buen vecino. Desde esa doble deshonra epistémica pretendo conectar y pensar estas dos escenas: Durand, llanero en bicicleta (principio de los 80), y la conjunción Callero-Donati (fines de los 80).

Ya en los tempranos 90 le tocó a mi generación el turno del callejeo nocturno. Curioso de mis alteridades (o temeroso de mis vacíos), cursé las más diversas falopas; “codicioso de almas”, traté con gente tan variada como lo permitía la comprimida grilla de subjetividades disponible en la época; en el mejor de los casos, llegué a intercambiar buenos cedés. Algún bar recóndito pudo pasarme bajo los radares, mal o peor orientados, pero no recuerdo haber hablado nunca, con ningún par, de literatura. Supe luego que había buenos poetas (se me vienen rotundos nombres a la cabeza), supe ayer, con asombro, que la autora de *Jorge Luis Borges*, *Sources and Illuminations* (libro que rebusqué en las bibliotecas de CABA años atrás) pudo haber sido víctima de mi ring raje infantil. Pero esto no invalida, sino que refuerza el punto, es decir, la postulación de una dialéctica feraz entre el desierto y la semilla. De ningún modo quiero romantizar los páramos distópicos con que sueñan los desfinanciadores de la educación pública (se me vienen siniestras caras a la cabeza) pero algo parece querer decirme ese encuentro de Callero… Tal vez entre las vastas coordenadas de un baldío, espaciado de secretos y versos descartados, sin fatigosos grupúsculos circulares ni pasillos y aulas que escalonen el paso, la comunidad, o la movida, puedan ser dos.

PD: La edición, una delicatessen. La fluorescencia del lomo baliza cualquier biblioteca nocturna (véase mi gran arte de foto), *perfeita* para orientar al insomne lector en patas, gastados paños menores e hipoglu dos, o alguna de las oraciones intemporales que imb



[1]La referencia insuperable sobre este punto suele ser el comienzo del ensayo “Sobre el ‘Vathek’deWilliams Bekford”, de Borges.